

**DISPONIBLES ANTE EL PADRE
SEGÚN EL EJEMPLO DE MARÍA
(Celebración mariana)**

1. CANCIÓN

2. MONICIÓN

Aceptando la voluntad del Señor, María se ofrece como un terreno libre y disponible. Así muestra su gran confianza en este abandono audaz en manos del Padre.

La vida de María está apoyada en la confianza en Dios, que nunca falla. Ella que fue elegida por Dios, supo amar y crear, aún en los momentos difíciles de duda y peligro. Sintió en su vida la fuerza de Dios y le ofreció un Sí incondicional: “hágase en mí según tu palabra”. Sí, que renovó en cada momento de su vida: en el silencio, en las actividades cotidianas y en las situaciones difíciles, especialmente durante la Pasión de su Hijo.

María es para nosotros ejemplo de consagración al Señor; la mujer perfecta en quien hemos de fijar nuestros ojos para ser cada día más hombres de Dios. Ella nos enseña a tener fe en medio de la oscuridad y de las dificultades. Su ejemplo nos lleva a ponernos en manos del Espíritu, acogiendo la voluntad del Padre, y a trabajar confiadamente para que el Reino de Dios siga aconteciendo en la vida de cada creyente y de toda la Iglesia, haciendo de nuestra propia vida como religiosos, un signo de este Reino.

3. LECTURA EVANGÉLICA.

Del Evangelio de Lucas (1, 26-38)

A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, que se llamaba Nazaret, a una joven prometida a un hombre de la estirpe de David, de nombre José; la joven se llamaba María.

El ángel, entrando a donde estaba ella, le dijo: -Alégrate, favorecida, el Señor está contigo.

Ella se turbó al oír estas palabras, preguntándose qué saludo era aquél.

El ángel le dijo: -Tranquilízate, María, que Dios te ha concedido su favor. Pues mira, vas a concebir, darás a luz un hijo y le pondrás de nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su antepasado; reinará para siempre en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin.

María dijo al ángel: -¿Cómo sucederá eso, si no vivo con un hombre?

El ángel le contestó: -El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso al que va a nacer lo llamarán “Consagrado”, Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel: a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que decían que era estéril está ya de seis meses; para Dios no hay nada imposible.

María contestó: -Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho.
Y el ángel la dejó.

4. RESPUESTA A LA PALABRA (*Se puede leer todos juntos o hacer a dos coros*)

* María

Enséñanos a reconocer en nosotros
las maravillas de Dios.
Danos sencillez de corazón
para agradecer al Señor
todo lo bueno que cada día nos regala.

* Que no nos enorgullezca
lo que somos capaces de realizar
sino lo mucho que Dios nos ama,
comprendiendo que todo lo que hacemos
Él lo hace posible.
Él sostiene nuestra vida con su aliento amoroso.

*Que cada momento de nuestra vida
sea un canto continuo de gratitud.
Que saltemos de alegría,
reconociendo el amor de Dios en nuestras vidas.
Que respondamos al amor que Dios nos tiene
con nuestro amor hacia todos.

5. REFLEXIÓN (*A continuación encontramos dos pequeñas reflexiones. Puede elegirse una de ellas y leerse detenidamente, dejando después algo de tiempo para la reflexión. Durante el tiempo de reflexión cada uno puede repetir en voz alta alguna idea que le resulte más sugerente para que resuene en la comunidad.*)

María “La esclava del Señor”

Los evangelios nos trazan los rasgos de María como mujer obediente, lejana a la rebeldía, despreocupada por la defensa de sus derechos. En ningún momento se esboza en ella matiz alguno de desobediencia.

La debilidad de Dios por los débiles y la cercanía consagrante de Dios a María transmutaron su condición sometida y obediente en una condición nueva.

El camino del sometimiento fue para Jesús, Hijo de Dios, el camino que procuraba la liberación, la libertad utópica del hombre. Ese mismo camino prosiguió María.

La cercanía de Dios provoca en María una respuesta de absoluta obediencia: “¡He aquí la esclava del Señor!” María queda signada con un proyecto de vida que se funcionaliza sólo en relación a la causa de Dios. María entra en la línea de los grandes servidores de Dios, de aquellos con quienes Dios puede contar en todo momento y para cualquier tarea. Por eso María depende únicamente del Señor, es decir, de Dios Padre, del Señor Jesús. Todos los demás señores de la tierra quedan automáticamente devaluados. María ni siquiera lucha para conseguir espacios de libertad en esa zona. Busca la libertad radical, aquella que, conseguida, hace ridícula incluso la lucha por las libertades menores. Reserva, como Jesús, su servicio y culto a Dios sólo (cf Lc 4,8; Mt 4,10). No le interesa ningún otro dueño. Recordamos, aplicándolas a María, aquellas palabras tan lúcidas de Pablo:

“Soy libre, cierto, nadie es mi amo; sin embargo, me he puesto al servicio de todos para ganar a los más posibles. Con los judíos me porté como judío para ganar a los judíos; con los sujetos a la Ley me sujeté a la Ley, aunque personalmente no esté sujeto, para ganar a los sujetos a la Ley. Con los que no tienen la Ley me porté como libre de la Ley, para ganar a los que no tienen Ley -no es que yo esté sin Ley de Dios, no; mi Ley es Cristo-; con los inseguros me porté como un inseguro, para ganar a los inseguros. Con los que sea me hago lo que sea, para ganar a algunos como sea. Y todo lo hago por el Evangelio” (1 Cor 9,19-23).

¿No es fácil identificar la figura evangélica de María con los sentimientos del Apóstol? María se somete a todo, pero al mismo tiempo está dispuesta a dejarlo todo, como había pedido Jesús a quien quisiera seguirlo; dispuesta a dejar a José, si no hubiera mediado una intervención divina; dispuesta a perder a su Hijo, pero no ya a los doce años, sino cuando será Maestro y Profeta ante el Pueblo, ocupándose a tiempo pleno en las cosas de su Padre, y sobre todo cuando culminará su obra muriendo en la cruz y declarándola a ella “Madre”, no suya, sino del “discípulo amado”. Se refleja en María la disponibilidad de Abraham, dispuesto a entregar e inmolar a su hijo único, Isaac, cuando ella lo entregó en la cruz a la voluntad del Padre, sin protestar, sin desesperarse, pero con un dolor inmenso y un corazón partido.

María se pierde a sí misma por Dios y se vacía de todo aquello que la impidiera ser integralmente “la agraciada”, la llena de la gratuidad de Dios.

El sometimiento y la obediencia de María a los hombres no nace de su cobardía, timidez o incapacidad de reacción; como Jesús, también ella “nació bajo la ley” (Gál 4,5); pero tal obediencia y tal sometimiento, consagrados por Dios, por su presencia graciosa, se convierten en fuerzas liberadoras “para rescatar a los que estaban bajo la ley” (Gál 4,5). El sometimiento y la obediencia de María a los hombres es la aceptación de la condición humana, el modo de solidarizarse por amor con los hombres-esclavos. Es asimismo signo de una actitud de dependencia absoluta de Dios; lo que aparece como sumisión a los hombres no es tal, sino sacramento de la sumisión a la voluntad de Dios. La dependencia de Dios no es liberticida, sino vivificadora, dinamizadora. Dios desbloquea nuestra interioridad, la hace dúctil para ser transmisora de su propia fuerza, la compromete al límite de sus posibilidades. Comprenderemos adecuadamente estas ideas releendo unos versículos de Pablo a los Corintios:

“Siga cada uno en el estado en que Dios lo llamó. ¿Te llamó Dios de esclavo? No te importe (aunque si de hecho puedes obtener la libertad, mejor aprovéchate), porque si el Señor llama a un esclavo, el Señor le da la libertad, y lo mismo, si llama a uno, libre, es esclavo de Cristo. Pagaron para compraros, no seáis esclavos de hombres” (1 Cor 7,20-23).

La experiencia de la libertad de los hijos de Dios, que no se identifica adecuadamente con las libertades políticas, sociales, es tan grandiosa, que estas otras no empeñan tanto en la vida. Por eso *“sois todos hijos de Dios; porque todos, al ser bautizados para vincularos a Cristo, os vestisteis de Cristo ... ; ya no hay siervo, ni libre, varón ni hembra: sois una persona en Cristo Jesús” - (Gál 3,26b-28).*

Obediencia liberadora de María

¿En qué medida el camino del sometimiento, de la obediencia, puede ser liberador?

¿No es justamente su antagonista, su negación?

María no se reconoce autónoma en ningún momento; el programa de su vida es el sometimiento, la esclavitud: “¡He aquí la esclava del Señor!” Mas no es una obediencia estéril. El Concilio dedica un precioso párrafo a esta idea:

“Porque ella, como dice San Ireneo, ‘obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero’. Por eso, no pocos padres antiguos, en su predicación, gustosamente afirman: ‘El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe’; y comparándola con Eva, llaman a María ‘Madre de los vivientes’, y afirman con mayor frecuencia: ‘La muerte vino por Eva; por María, la vida’ ” (LG 56).

María es la antagonista de la mujer, que por “endiosarse” se hace esclava de Eva; ella, en cambio, humillándose, se libera y libera a los hombres. María proclama en el Magnificat la alegría de su espíritu por la gran revolución liberadora que se está produciendo en la historia; ya se lo había anunciado el Mensajero Gabriel y posteriormente su prima Isabel sintonizó con esta espera.

El esquema humillación-exaltación funciona en el himno del Magnificat. Los humillados, los esclavizados, conseguirán de Dios la libertad que anhelan; les rebosará, les inundará de felicidad y plenitud. “Porque Dios ha mirado la humillación de su esclava”.

María no busca su propia libertad ni la defiende; lucha, más bien, por la libertad de los demás: “¡No tienen vino!”... ; “estaba junto a la cruz”... ; “he ahí a tu Madre”... ; “he aquí la esclava del Señor”. Esta es la misión de María: servir, suplicar la liberación de sus hijos. Y para ello María fue pobre con los pobres, estéril con las estériles, discriminada con las discriminadas. Y todo por amor efectivo. Porque el único que libera es el amor:

“La libertad no la garantizan las coronas, los absolutismos y las dictaduras -cualquiera que sea la persona que ostenta estos poderes-, sino la enajenación, la solidaridad con los débiles, la dignificación de los pobres; en una palabra, el amor”.

Desde aquí María llama a los pobres, a los enfermos, a los “que lloran en este valle de lágrimas”, a una gran esperanza, no deducible de nuestra historia ni de nuestras experiencias religiosas o sociopolíticas, pero tampoco únicamente futura, sino ya presente, en la vivencia del Espíritu, que nos hace hijos de Dios y clama en nosotros: “Abba, Padre” (cf Gál 4,6-7).

“Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”.

A veces los cristianos, por buscar los efectos de escena en la lucha y consecución de las libertades, nos olvidamos de que nuestro mensaje de libertad al mundo no va a arrancar de inmediato el aplauso ni va a resultar muy publicitario, porque nuestra lucha liberadora no es “a corto plazo”, sino de “dimensiones escatológicas y definitivas”, ni tampoco es fácilmente perceptible para el hombre que se queda en la cáscara de la realidad; nuestro mensaje de libertad revoluciona el corazón de cada hombre y el corazón de la humanidad. Es ahí donde la revolución de la libertad se libra en toda su seriedad, no en la rebeldía del momento, que pasa.

Si quisiéramos poner nombre a la obediencia liberadora de María la llamaríamos “fe”. La fe es el don que libera. Por la fe el hombre entra en comunión de vida con la fuente de la

libertad, con Dios, de donde dimana toda autonomía y soberanía:

“Por esta razón doblo las rodillas ante el Padre que da el apellido a toda familia en cielo y tierra, pidiéndole que, mostrando la riqueza de su gloria, os refuerce y robustezca interiormente con su Espíritu, y así Cristo habite por la fe en lo íntimo de vosotros”, (Ef 2,14-17).

La fe nos asemeja a Dios. Creer es obedecer a Dios, es decir, recibir de él absolutamente todo y de tal forma estar a su total servicio y por siempre. Por la fe el hombre libera su futuro, pues, lo tiene afianzado en la incommovible fidelidad de Dios a sus promesas.

Y el contacto con la fe de una comunidad, de una persona, resulta enormemente fecundo. La presencia de los creyentes contagia libertad. Allí donde hay un hombre o una mujer evangélica, se respira la libertad de los hijos de Dios. María “la creyente” se convierte así en el más potente foco de libertad, después y con Jesús. Con razón San Ireneo le aplicó las palabras que el autor de la carta a los Hebreos refiere a Jesús:

“Sufriendo aprendió a obedecer y, así consumado, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen a él” (Heb 5,9).

Obediencia es holocausto de la propia vida, pero en manera alguna inútil y absurdo; porque, más bien, acrisola la propia vida para hacerla transparente a la actuación poderosa de Dios. En la obediencia se manifiesta el Señorío del Señor Resucitado. A través de la obediencia de la fe el Señor Resucitado sigue adquiriéndose un pueblo nuevo. La fe, la obediencia, “mueve montañas”.

(Reflexión de J.C.R. GARCÍA PAREDES, *María la mujer consagrada*)

6. CANCIÓN

7. SIGNO: *(Presentamos una vasija de barro y la llenamos de agua en un lugar visible. Después encendemos el cirio)*

(Al presentar la vasija de barro leemos):

Nuestras vidas son como vasijas de barro: débiles y frágiles. Pero es en la pequeñez y debilidad donde quieres, Señor, que se manifieste tu fuerza y tu gloria. Ante ti ponemos nuestras vidas, pequeñas y frágiles, para que estén a tu servicio. Para manifestar que la fuerza que llevamos procede de ti y nuestra vida atraiga a los hombres hacia ti.

(La llenamos de agua y leemos):

Sin el agua viva de tu Espíritu no somos nada, Señor. Somos como terreno seco y vacío. Llena nuestra vasija con tu gracia para que tu agua nos refresque, aliente y vivifique. Para que la fuerza de tu Espíritu en nosotros haga crecer esa semilla de fe que hemos recibido y pueda crecer según tu voluntad.

(Se enciende el cirio pascual y se dice):

En este tiempo de Pascua, te pedimos Cristo resucitado, que seas nuestra luz, que ilumines y dirijas nuestra vida, a ejemplo de María, para que la gracia que has derramado en nosotros pueda fructificar orientando siempre al bien y abierta al servicio de todos.

8. ALABANZAS *(Las puede proclamar un lector y responder todos)*

Bendita eres, María, mujer nazarena, elegida de Dios;
la que agradó al Señor, por ser la más humilde

y estar siempre dispuesta al servicio.

Te saludamos María, llena de gracia

Alégrate, María, la mujer atenta de Caná, disponible siempre a la entrega; has ganado la mirada complacida de tu Dios y eres la elegida para acompañar a Jesús y llevarnos a Él.

Te saludamos María, llena de gracia

Alégrate, María, Madre de la Buena Nueva; tú recibes con gozo el mensaje del Dios que salva y te entregas, decidida, a su plan salvador, para ser el eslabón primero en la historia de los redimidos.

Te saludamos María, llena de gracia

Alégrate, María, Madre de todos los hombres; el amor te designa Madre de los pueblos, seno que reúne, alienta y anima a la Iglesia que camina hacia Dios.

Te saludamos María, llena de gracia

Alégrate, María, Madre de esperanza para todos; eres camino cierto hacia Dios cuando la fe se oscurece, mano tendida, apoyo maternal en nuestros desamparos, y signo de salvación para la humanidad que sufre.

Te saludamos María, llena de gracia

Demos gloria y alabanza al Padre, a su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo; proclamemos el amor y la grandeza que han mostrado con nosotros, al darnos a María como Madre.

Te saludamos María, llena de gracia

9. ORACIÓN FINAL *(Se puede rezar a dos coros o todos juntos)*

Virgen Madre nuestra,
acompaña nuestra peregrinación solidaria
al encuentro de los preferidos de tu amor;
ensancha nuestro corazón,
afina nuestra sensibilidad
ayúdanos a ser tu rostro materno para los niños,
jóvenes y todas las personas necesitadas

María, Madre de la Iglesia,
suscita en nosotros amor al estudio y a la contemplación,
vigor apostólico y voluntad de trabajar por el Reino.
Anima a todos los miembros de nuestra Orden y de nuestra Provincia;
bendice a los hombres y mujeres que trabajan con nosotros;
alienta a los profesores y catequistas,
fortalece a quienes trabajan en la promoción humana y
en la construcción de la justicia.

Educadora de Nazaret,
suscita jóvenes que quieran entregarse con radicalidad
al seguimiento de tu Hijo en la vida religiosa agustiniana.
Conserva y haz crecer con tu súplica la obra del Señor.
Ayuda a nuestros formadores para que, inspirados en ti,
acompañen a nuestros formandos
con amor, perseverancia y generosidad.

María, Madre del Buen Consejo y Virgen de Gracia,
renovamos ante ti nuestra consagración al Señor,
con todo lo que somos y hacemos.
Enséñanos a integrar el amor a Dios y el amor al hermano,
haz que sepamos amar a Dios desde el mundo y amar al
mundo desde Dios.

Queremos trabajar por construir comunidades fraternas
más proféticas, sencillas y abiertas a los jóvenes.
Reafirmamos nuestro propósito de evangelizar en la educación
y en todos nuestros apostolados,
siguiendo a Cristo nuestro único maestro.

María, Intercede ante tu Hijo
para que nos conceda su gracia
y lleguen al puerto feliz
estos deseos y súplicas que hemos presentado. Amén.

10 CANCIÓN